

Paradojas del "deseo materno" versus deseo del analista¹

Camila Vidal, Psicoanalista

El asesinato de una niña gallega de 12 años, al parecer a manos de su madre, con la ayuda del padre, que la habían adoptado cuando era un bebé, a causa, según parece, de que le molestaba para el cambio que esta mujer quería dar a su vida y el estupor que produjo en una comunidad poco acostumbrada a esta clase de sucesos, me llevaron a reflexionar, (más allá de cualquier consideración del mismo aún en proceso de investigación) sobre el deseo materno y sus paradojas.

El niño toma, nos dice Lacan, del mensaje que recibe del Otro, un significante como insignia de su omnipotencia (aquel que puede dar o rehusar, estar o no estar...), para establecer la primera identificación, una identificación no especular, una... *"que marcará, para el sujeto, la forma de ubicarse en el lugar que le da el Otro"*. De allí en adelante el niño se situará siempre de la misma forma frente al Otro -rasgo unario-, logrando así una unidad ilusoria (ser eso que indica el rasgo de la primera identificación) en la que el sujeto *"queda petrificado"*. Esta identificación es una defensa, continúa Lacan, para no ver al Otro barrado, para no ver su deseo *"...presencia primitiva del deseo del Otro como oscuro, como opaco"*

¿Qué es lo que resulta tan aterrador del deseo del Otro?

¿Por qué nos lo representa Lacan con las enormes fauces de la mamá cocodrilo?

Lo que resulta tan aterrador del deseo materno es que no existe tal deseo, su deseo va por la vía de lo femenino, el niño como tal sujeto no le interesa a su deseo. De ahí la indefensión.

El niño es, nos dice Lacan, el producto de una operación que hace al goce de los padres: el coito. Es un resto de esa operación. La madre, igual que el padre, no está interesada

¹ Ponencia presentada en el IV Encuentro Internacional de la EPFCL, París, Julio de 2014

en el niño en tanto tal, con suerte, podrá incluirlo, si su posición lo permite, en la metonimia de sus objetos, objetos de goce se entiende, tomándolo en su campo pulsional y eso en el mejor de los casos. En otros muchos ni siquiera podrá hacer eso y entonces nos encontramos con lo que nos cuentan muchos psicóticos y que podemos definir como "hijos anónimos" donde el niño puede desaparecer durante un día entero sin que nadie lo eche de menos y, en algunos otros, lo usará como objeto real de su satisfacción, sin la intermediación de ninguna metáfora.

En la actualidad esta operación de resto está quizás un poco velada ante la dificultad reproductiva en aumento en nuestra sociedad -los hijos únicos- ya que el hijo aparece directamente en relación con el tiempo nunca posible del tenerlo o la imposibilidad en el tener. Se quiere tener un niño y de hecho se lo tiene igual que un coche, una casa o una televisión, se lo puede comprar, adoptar o alquilar e incluso devolverlo si uno "no queda satisfecho", como cualquier otro *gadget*.

Esto que hoy en día se ha vuelto patente ya ocurría antiguamente bajo otras formas y los niños se les daban a las abuelas para que los criaran, se los prestaba a algún familiar más o menos cercano, por un tiempo más o menos largo, para que les prestase algún servicio... e incluso se intercambiaban.

El niño se pregunta por el deseo de la madre, que le hace dar o no dar (comida, su presencia, significantes...), y lo que resulta aterrador para el niño es que la madre no "le" anhela nada, está o no está, le da o no le da, pero no es en función de lo que él hace, es que ella está en sus asuntos, su deseo no pasa por él, es en ese sentido que está indefenso, esta mujer podría dejarlo morir o matarlo llegado el caso, si fuese necesario, para afirmar su deseo, su posición como mujer. No es por casualidad que Lacan eligió la figura de Medea para ejemplificar la posición femenina.

El amor de madre siempre será un cariño de goce y nunca un verdadero deseo.

Este es el horror al que todos, como humanos, nos enfrentamos y del que nada queremos saber.

El niño toma un significante del Otro, significante como insignia de su omnipotencia y a partir de ahí se inventa un deseo y correlativamente un Otro acorde con ese deseo inventado: quiere comerme, quiere cagarme, quiere aplastarme... con él se dota de una unidad ficticia (o no tanto si la pensamos como unidad de goce) de la que ya no podrá desprenderse, marcando de ahí en adelante la forma que tendrá de responder a ese Otro que él mismo se inventó. Es preferible para el sujeto pensar que el Otro materno alberga hacia él perversas intenciones que entender que en realidad no alberga ninguna, que como tal sujeto no es deseado de ninguna manera y que por lo tanto tiene razones para estar preocupado pues ante eso está totalmente indefenso.

Es únicamente como mujer que una madre puede acoger a su hijo y por lo tanto no hay ningún deseo materno como tal, este deseo es inventado por el propio sujeto para defenderse del vacío que se presenta ante él y de lo incierto de su posición en el mundo, dado que su única posibilidad de supervivencia viene dada por la posición de objeto que pueda llegar a tener para ese Otro materno -indicación de Lacan de que para abordar la cuestión del análisis del sujeto niño habría que comenzar por estudiar la sexualidad femenina-.

Se explican así algunas de las posiciones de nuestro tiempo:

¿Por qué las mujeres de ahora no tienen hijos?

Un repaso por las distintas páginas de internet que al efecto circulan por la red, puede resultar aleccionador. Su deseo está comprometido en otras cuestiones, se nos dice, a las que ahora sí pueden tener acceso y cuando aparece el deseo de hijo lo hace tardíamente y muchas veces como una posesión más: se quiere elegir el padre (de entre una lista atendiendo a unas condiciones físicas y mentales determinadas), el sexo, el color de sus ojos, su altura...

No debemos confundir esto con otra cuestión muy diferente que es la de pensar que un deseo de tener un hijo ha de ser sin condiciones, lo que lleva, por ejemplo, a evaluar negativamente como padres adoptivos a aquellos que ponen "condiciones" cuando en realidad es lo único que puede ser evaluado. No dejar que los padres adoptivos elijan las condiciones que necesitan para poder ser padres de ese hijo es errático pues es lo único sujeto a evaluación. El deseo de los padres como tal no puede ser evaluado, pero si las condiciones que necesitan para poder ser padres de un hijo determinado evaluando esas condiciones como posibles o por el contrario como imposibles. En una palabra lo evaluable es el goce implicado en los padres y no el deseo en una adopción.

Se escucha a las madres, casi siempre, bajo el supuesto de un deseo de hijo y en este deslizamiento entre (desde) deseo de la madre y deseo de la madre por el hijo, este último (el deseo de la madre por el hijo) está siempre en déficit, nunca es el adecuado y ello explica el sentimiento de muchas madres (y el reproche hecho al psicoanálisis) de que se las considera "culpables" de las dificultades que presentan sus hijos.

El deseo de ser psicoanalista se presenta, generalmente, como un deseo de curar, de reparar, de arreglar aquello que la madre no pudo podríamos decir siguiendo esta línea de argumentación -"furor sanandis", decía Freud-. Uno quiere ser psicoanalista para hacer por el otro algo mejor de lo que hicieron por él mismo. Es así como Lacan nombra los deseos de famosos psicoanalistas de su época: un deseo de maternaje - dicho literalmente por Lacan refiriéndose a Winnicott, Klein, etc.

Pero el deseo de ser analista no solo no es lo mismo que el deseo del analista sino que es únicamente desprendiéndose del primero -lo que únicamente ocurre cuando se ha podido constatar la inexistencia del Otro- que uno puede acceder al segundo.

El deseo del analista, como reverso de la posición del deseo materno, es algo inédito en el mundo.

Por primera vez alguien que acude al analista se encontrará en una posición inédita en su existencia: posición de sujeto, con un deseo dirigido a él como sujeto y en el que es el partenaire el que toma la posición de objeto, lo que le permitirá, si accede a ello, poder vislumbrar que objeto fue para el Otro que el mismo se inventó.

¿Qué quiere decir inédito?

Inédito quiere decir que el deseo del analista no es algo que se pueda encontrar en la propia historia, a diferencia del deseo de ser psicoanalista.

Si decimos que es un deseo inédito en el mundo es porque no existe fuera del dispositivo y, a diferencia del deseo inconsciente, no es particular sino que hace su aparición con el análisis mismo. Es lo que resulta y se puede poner en funcionamiento una vez que el recorrido analítico ha desembarazado al sujeto de su creencia en el Otro, haciéndolo responsable de su propio goce, tanto de aquel que está como del que falta, fundamentalmente del que falta podíamos decir, ya que es lo que permitirá no situar al analizante como objeto en la búsqueda de ese goce que falta, sino dejar ese lugar vacío permitiendo así al analizante encontrarse con ese deseo inédito, en el que por primera vez no será tomado como cuerpo.

Ese algo inédito que ha de encontrarse en el análisis cada vez, sesión tras sesión, para que éste pueda proseguir y por lo tanto vislumbrar allí, en las idas y venidas del propio discurso, al Otro que cada uno se ha construido para escapar al horror del deseo materno -objeto prescindible llegado el caso, o acaso no es ¿puede perderme? la pregunta del niño.

Deseo inédito que permitirá la aparición de un nuevo discurso y la posibilidad de un acto. Esto hará posible, en el dispositivo, no tomar al analizante como objeto sino apuntar a su constitución misma como sujeto -buscar la diferencia absoluta nos dice Lacan.

Este deseo, al no estar inscrito en el inconsciente del sujeto ni en su historia, no porta ninguna marca personal, de ahí lo que Colette Soler nos decía en Barcelona -respondiendo a una pregunta sobre la marca que algunos analistas dejan en sus pacientes que permite incluso, a veces, identificarlos por esa marca-: a mayor deseo de analista menor "marca de analista".

El enigma no es, por lo tanto, como aparece ese deseo -un psicoanalista es lo que produce un psicoanálisis- sino, como bien dice Lacan, el hecho de que una vez llegado ahí alguien quiera sostener esa posición.

Se nos plantea entonces una paradoja.

Decíamos que es únicamente desprendiéndose del deseo de ser psicoanalista que uno puede acceder al deseo del analista, es decir sólo se puede sostener el deseo del analista una vez que uno se "ha curado" de su deseo de ser psicoanalista.

El deseo del analista no se sostiene en ningún "querer" sino en una posición ética que implica un "no retroceder", no retroceder frene al camino recorrido, aceptar que a pesar de ya "no querer" la elección está hecha, no hay vuelta atrás posible, el tiempo inexorablemente ha pasado y se constituye como una imposición que el sujeto se autoimpone, "uno tiene que ganarse la vida y ya no sabe hacerlo de otra manera".

Elección forzada entonces, pero elección a fin de cuentas y no todos eligen lo mismo, algunos eligen otra cosa aún sin saberlo siquiera, podemos constatarlo...

Ningún goce, por lo tanto, en la posición del analista.

Deseo inédito en el mundo del que resulta una experiencia igualmente inédita para el que se adentra en ella, el único deseo que si bien no es puro si podemos decir "verdadero" ya que está desbrozado de las paradojas que el goce introduce en el interior mismo del deseo.